

SERMON

SOBRE

LA CONVERSION.

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

(DE TRENTO.)

Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.

Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que polvo volverás á ser.

La santa Iglesia en la presente ceremonia de las sagradas cenizas.

Nunc ergo dicit Dominus: convertimini.

Ahora pues dice el Señor que os convirtáis.

Joel, c. 2. v. 12.

Al volver cada año estos presentes días, días santos y venerables á la verdad por un antiquísimo y apostólico rito, por una religiosa y cristiana tristeza, y por el ayuno cuaresmal que se nos ha intimado; al volver, digo, estos presentes días, vuelve tambien segun el uso introducido nuestra buena y piadosa madre la Iglesia á derramar con triste y lúgubre ceremonia sobre la humillada cabeza de sus fieles la saludable lluvia de las cenizas misteriosas, y á traerles á la memoria que por grandes que crean ser al presente, no son á la verdad ni serán despues otra cosa que un polvo vil é inmundicia, queriendo de este modo recordar á un mismo tiempo á cada uno, así su natural bajeza como su miserable fragilidad. Por tanto habiendo ella, con gran desconsuelo y sentimiento suyo, observado en las locuras y diversiones, particularmente de las pasadas carnestolendas, los extravagantes desórdenes y las perversas y corrompidas costumbres de nosotros sus hijos; y habiendo ademas llorado largamente consigo misma y arrojado de lo íntimo de su inconso-

lable corazon amargos suspiros, manda á sus ministros, que despojados de los ornamentos de contento y placer, y dejados los festivos cánticos, y olvidadas las alegres y solemnes fiestas, tomen trajes de tristeza y dolor, y que distribuídos al rededor de los altares y postrados hasta en los umbrales de los sagrados templos, exclamen con lastimosos gritos y voces doloridas: perdon, ó gran Dios, perdon y misericordia para vuestro pueblo (1). Y aún no contenta con esto manda ademas que algunos de sus ministros, ocupando un lugar elevado y haciendo las veces de embajadores suyos, ó por mejor decir, de embajadores del mismo Dios, manifiesten á los fieles reunidos su dolor y sus intenciones, sirviéndose de las palabras mismas del Señor y diciéndoles con claras é inteligibles voces, que se conviertan por fin y no retarden hacerlo. Así pues, aunque nosotros á causa de la miserable condicion de hombres seamos sumamente indignos de semejante comision, no obstante siendo, como ministros de Dios y de la Iglesia mas dignos que todos, y hallándome yo adornado de este respetable carácter, me presento á vosotros por la primera vez, mis amados oyentes, y en tono muy respetuoso á la verdad, pero al mismo tiempo de autoridad y franqueza, os intimo de parte de vuestro Padre y Criador una conversion pronta y sincera de vuestras culpas, haciéndoos tambien presentes de parte de vuestra madre la Iglesia los dos mas poderosos motivos que hay para ella; es á saber, en el polvo que sois, vuestra bajeza, y en el polvo que seréis, vuestra mortalidad; pues si quisieseis hablar francamente, confesaríais que no por otra causa tuvisteis la osadía de rebelaros contra Dios y ofenderle, sino porque en el furor de vuestras pasiones y de vuestros pecados olvidasteis la nativa bajeza de vuestro vilísimo ser, así como os mantuvisteis largo tiempo rebeldes á Dios en medio de vuestros excesos, porque olvidasteis aún mucho mas la fragilidad de este mismo ser que podia disolverse en cualquiera momento. En vista de esto acordáos primeramente que sois polvo, pues acordándoos de vuestra natural bajeza, os volveréis fácilmente á Dios con una conversion sincera; y despues acordáos que seréis polvo, porque acordándoos de vuestra mortalidad, os volveréis fácilmente á Dios con una conversion pronta y expedita. Divinísimo Espíritu, inmortal fuente de luz y luz

(1) *Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes ministri Domini, et dicent: Parce, Domine, parce populo tuo. Joel, c. 2. v. 17.*

bienaventurada de los corazones, ¿osaré yo hablaros siendo polvo y ceniza, como me reconozco ser? (1) ¿osaré yo hablaros á vos, que principalmente en este sacrosanto tiempo de cuaresma cumplís el oráculo de vuestro profeta, quien representándoos con bella fantasía como un espíritu, conductor veloz de estrepitosos y ligeros carros, os hace ver sentado sobre vuestros ministros, como sobre unos fogosos caballos, en ademán de espolearlos é incitarlos á aquella ligera y dilatada carrera, en que tiran del venturoso carro portador de la salud? (2) Llenád de vos mismo, Espíritu paráclito, llenád de vos mismo primero mi corazón y mi mente, y despues la mente y el corazón de cuantos me escuchan, para que yo comprenda y ellos comprendan, para que yo sea movido y ellos tambien lo sean, para que yo quede inflamado por vos, y todos ellos queden poseídos por vos. Dignáos de oirme, no solamente por la poderosísima intercesion de nuestros ángeles de la guarda y de los santos nuestros amorosísimos protectores y abogados, sino tambien por la de aquella que siendo vuestra amantísima Esposa y escogida por vos, es al mismo tiempo dulce refugio y consuelo nuestro; por la intercesion, digo, de María santísima, cuyo patrocinio imploro particularmente, y bajo cuyos felicísimos auspicios, así como empiezo, así espero concluir este curso cuaresmal; y desde luego en el nombre de la augustísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu santo me vuelvo á vosotros, oyentes míos, y doy principio.

Siendo todo pecado grave, cualquiera que sea la causa ó motivo por que se cometa, un verdadero y real desprecio de la suprema y divina Majestad, es necesario, segun reflexiona un gran Padre, que así como no ha podido ántes cometerse, así tampoco se pueda cometer al presente, ni sea posible cometerlo jamas, sin que vaya acompañado de una extraordinaria soberbia, sobre la cual se levante como sobre su cimiento, ó de la cual brote como de su raíz (3).

Y ¿no fué en efecto de la soberbia, de donde se originaron

(1) *Loquar ad te, cum sim pulvis et cinis?* Gen. c. 18. v. 27.

(2) *Qui ascendes super equos tuos; et quadrigæ tuæ salvatio.* Hab. c. 3. v. 8.

(3) *Nullum peccatum fieri potuit, potest, aut poterit sine superbia, siquidem nil aliud est omne peccatum nisi contemptus Dei.*

los dos primeros pecados con que se inficionó el mundo, el pecado, digo, de los ángeles en el cielo y el pecado del primer hombre aquí en la tierra? Hincháronse los ángeles de un insupportable orgullo, cuando negando á Dios la debida obediencia, celebraron un temerario concilio y deliberaron, segun el lenguaje de Isaías (1), extender las alas para volar hasta sobre las estrellas y sentarse altivos á los lados del aquilon, erigiendo su trono en el trono mismo de Dios y haciéndose iguales al Altísimo, que no permite igualdad. Y ¡ojalá que tanta arrogancia, ó se hubiese quedado toda en el cielo donde nació, ó se hubiese sepultado en los profundos abismos donde cayó precipitada de una vez! Pero no fué así, dice Agustino, porque embriagado Lucifer con semejante veneno, lo dió á gustar al hombre, por lo mismo que lo habia experimentado tan nocivo (2). Y qué hizo? Le inspiró el fatal pensamiento de igualarse con el Ser divino (3); y no fué necesario mas, para que desobediente el hombre quebrantase los preceptos de su Dios y Señor, verificando, como lo notó despues san Ambrosio, que ya sea en la caída del diablo, ya en la prevaricacion del hombre, el origen del pecado es la soberbia (4). Hé aquí, hombre, que por el santo Job fuiste definido *podre y gusano* (5), la verdadera y maligna fuente de donde aún manarán todas tus culpas.

Y á la verdad, si la soberbia, segun dice el mismo Agustino, no es otra cosa que cierto inquisísimo deseo de ensalzarse por perversos é indebidos medios (6), ¿á qué necísimo ensalzamiento no aspiraste tú, cristiano, cuando abandonando á tu Dios y despreciando sus prohibiciones y amenazas, osaste hollar á su vista sus divinas leyes, para seguir las de tus caprichos y desenfrenados apetitos? Tú mismo te constituiste principio y término de tus pensamientos y operaciones, llevando siempre á ejecucion tus malvados designios. Un dios te formaste, un sacrilego y nuevo dios, ó por mejor decir, otros tantos dioses cuantos eran los medios y objetos que se te presentaban, para satisfacer tus deseos, siempre insaciables y siempre varios y diferentes.

(1) *Isai. c. 14. v. 6.*

(2) *Propinavit homini superbiam.*

(3) *Eritis sicut dii.* Gen. c. 3. v. 5.

(4) *Sive in lapsu diaboli, sive in prævaricatione hominis initium peccati superbia est.*

(5) *Putredo et... vermis.* Job, c. 25. v. 6.

(6) *Quid aliud est superbia nisi perversæ celsitudinis appetitus?*

Un dios te formaste de la ambicion y de la venganza, un dios de la codicia y del interes, un dios de los placeres y de la sensualidad, un dios, segun la certísima expresion de san Cipriano, un dios de todo aquello que antepusiste á tu único y verdadero Dios (1). Y ¿no es este el mismo y el vanísimo engrandecimiento, al que primero aspiraron locamente los ángeles prevaricadores, y mas locamente despues de ellos Adán? Ó Dios mio! mucho hiciste por cierto en elevar al hombre á un estado poco inferior al de los ángeles (2); y ¿quién al mirarle, pudo no exclamar maravillado, qué es el hombre que tanto le ensalzas? (3) No obstante al hombre tan elevado pareció pequeña su elevacion, y procurando igualar la prodigiosa sublimidad de los ángeles, despues de haber conocido que no le era posible en otra cosa, se esforzó á igualarlos por lo ménos en soberbia.

Y ¿qué fortísimo reparo ó baluarte no puso Dios, oyentes míos, para obviar que pasase al hombre semejante arrogancia? Habiendo observado (bella reflexion de algunos Padres) que la causa de tanta osadía en los ángeles habia sido la excelencia de aquella sublime é incorpórea naturaleza que les habia dado, dijo entre sí: esta elevacion y este engrandecimiento exponen demasiado al riesgo de vanidad. Pues para que el hombre me sea mas fiel y obediente que lo ha sido el ángel, le daré en hora buena tambien un espíritu inmortal y eterno; pero al mismo tiempo le colocaré dentro de una sustancia vil y material, á fin de que para estar humillado y sujeto á mis mandatos, solo necesite de recógerse en sí mismo y de examinarse á sí mismo con atencion (4). Por tanto hé aquí al divino y sapientísimo Artífice, concluida ya la grande obra de colocar inmóvil la tierra sobre la nada, y de extender al rededor de ella los cielos á modo de toldos, con el semblante todavía resplandeciente de la inmensa luz que habia comunicado al sol, y con las manos brillantes de los innumerables y lucidísimos astros que habia distribuído por el cielo, á manera de centinelas, para velar por la noche sobre los mortales; héle pues, digo, en el campo damasceno inclinado á la tierra y todo empleado en formar... qué? una vilísima é imperfecta criatura. Mirád con cuánto estudio y

(1) *Quidquid homo Deo antepont, deum sibi fecit.*

(2) *Minuisti eum paulo minus ab angelis.* Psalm. 8. v. 7.

(3) *Quid est homo, quia magnificas eum.* Job, c. 7. v. 17.

(4) *Humiliatio tua in medio tui.* Mich. c. 6. v. 14.

con qué nuevo y admirable magisterio endurece este barro, formando robustos huesos, lo ablanda formando flexibles nervios, lo adelgaza formando tiernas fibras, lo liquida formando una vigorosa sangre y lo dilata formando un sutilísimo cutis. Mirád asimismo cómo de este barro saca y forma las venas, las arterias, los músculos y todo cuanto sostiene, divide, humedece y da simetría y figura al cuerpo humano. Con el barro forma las manos y los piés, con el barro da vida á los muertos ojos, con el barro da color á las pálidas mejillas, y con el barro da consistencia á la humana y delicada carne. ¡Obra por cierto maravillosa, estupenda y digna de la divina mano que la formó! Mas, por bella que sea la obra, observád que su materia no es mas que lodo (1). Este, señores míos, es el verdadero y primer principio de nuestro ser terreno, este el cimiento sobre que se levanta el edificio de nuestra soberbia, y de la alta estimacion que hacemos de nosotros mismos. Fuimos formados de un lodo y polvo vil, de lodo y polvo estamos compuestos todavía, y aún subsiste y vive en nosotros el lodo y el polvo. Así pues se sirvió de una exacta y enérgica expresion el real Salmista, cuando hablando con Dios del último polvo en que seria convertido el hombre por su poderosa diestra, no contento con llamarlo meramente polvo, como parecia bastaba, lo llamó ademas polvo de la muerte (2), para que se entienda que no es este el único polvo nuestro, y que así como hay polvo de la muerte, así tambien hay polvo de la vida, y lo es el que somos nosotros al presente.

Y si es así, dime tú, polvo, cual lo eres hombre, ¿cómo pudieron en la tierra y en la ceniza echar raíces tanta arrogancia y tanta soberbia? (3) Tú puedes ser insolente contra el cielo? ¿tú llevar el cuello recto y altivo contra el mismo Dios? ¿tú ensalzarte sobre él, provocarle y hasta declararle la guerra? Oh, acuérdate, cualquiera que tú seas, y no te hagan olvidar de ello jamas ni los puestos elevados y sublimes, ni la antigua nobleza de la sangre, ni el especioso ornamento de los títulos, ni el poder, ni el influjo; acuérdate digo, que aún siendo hombre, eres polvo (4). Tampoco te hagan olvidar de esto, ó rico y noble, ni

(1) *Formavit... Deus hominem de limo terræ.* Gen. c. 2. v. 7.

(2) *In pulverem mortis deduxisti me.* Psalm. 21. v. 16.

(3) *Quid superbit terra et cinis?* Eccl. c. 10. v. 9.

(4) *Memento, quia pulvis es.*

los brillantes montones de oro que tienes por ventura encerrados en tus arcas ó cofres, ni los tributos de respeto y veneración que al paso recibes del pueblo. Aún eres polvo: acuérdate de ello. No te hagan en fin olvidarte de lo mismo, ó dama, ni las galas, ni las piedras preciosas que brillan en tu persona, ni la grande multitud de aduladores ó criados que te rodean. Aún eres polvo: acuérdate de ello (1).

Y en una palabra acordáos de ello todos vosotros, y reconociéndoos al fin por lo que sois, postráos humildemente delante de vuestro Dios y confesád que sois lodo vilísimo y que él es vuestro soberano hacedor (2), pues yo entre tanto valiéndome de la autoridad que me dan mi carácter y mi ministerio, me volveré á vosotros con el espíritu del profeta Jeremías y os diré en alta voz: escucha, ó tierra vil y despreciable, escucha con sumision las voces de tu Señor (3): él es quien habla (4). Y qué dice? Convertíos (5). Ó Dios mio! ¿quién podrá admirar y ensalzar bastantemente los amorosos designios de tu incomprendible misericordia? Yo hubiera llegado sin duda á pensar que cansado finalmente Dios y enojado sobremanera de encontrar tanta arrogancia en barro tan vil, hubiese ya resuelto anondarlo enteramente, y que por tanto lleno de una implacable ira desmenuzara este atrevidísimo barro, lo destruyese y aniquilase, cumpliendo el vaticinio de David (6). Y le hubiera acaso costado esto mucho? Un solo soplo de su omnipotencia ¿no sería muy bastante para esparcir por el viento un polvo tan frágil y ligero? ¿Qué firmeza, qué resistencia podía esperarse? Pero no: así no piensa nuestro Dios, un Dios tan bondadoso: Dios no habla así. Acuérdate que él mismo ha elevado á hombre este polvo, que él mismo se ha fatigado en formarle con sus propias manos, y que él mismo ha delineado y organizado su estructura; y al mismo tiempo conoce á fondo su debilidad, su miseria y sus achaques (7). Hé aquí pues lo que Dios dice: convertíos, convertíos. No os quiero destruídos, cristianos, os quiero enmendados: más bien excitan vuestras locuras la piedad en

(1) *Memento, quia pulvis es.*

(2) *Pater noster es tu, nos vero lutum.* Isai. c. 44. v. 8.

(3) *Terra, terra, terra, audi sermonem Domini.* Jerem. c. 22. v. 29.

(4) *Hæc dicit Dominus.* Ibid. v. 30.

(5) *Convertimini.* Joël, c. 2. v. 12.

(6) *Ut pulverem ante faciem venti, ut lutum platearum delebo eos.* Psalm. 17. v. 45.

(7) *Quoniam ipse cognovit figmentum nostrum.* Psalm. 102. v. 13.

mi corazon que la indignacion. El olvido, bien lo conozco, de lo que erais, os hizo olvidaros tambien de vuestros deberes; pero sirva la ceniza que lleváis en la frente, para traer hoy á la memoria vuestro verdadero ser, y sírvaos tal recuerdo para haceros reconocer en vuestra vil condicion la gravedad de vuestra culpa. Ah! no corresponde á tanta bajeza tanta ambicion, ni se conforman bien la soberbia y el lodo.

Y aún con esto no se da Dios por satisfecho, pues exige además, mis amados fieles, que nos resolvamos á ello bien pronto, y que léjos de retardarlo lo hagamos al presente. Y por qué? Porque, como añade la Iglesia, seremos polvo. Y aquí notád, os suplico, otro amoroso expediente de la divina bondad. Peca Adan en el paraíso terrenal, y Dios en el acto de arrojarle de él, condenándole á las necesidades y males de una infelicísima vida, fulmina tambien contra su cabeza la inexorable sentencia de muerte; sentencia á la verdad justísima, porque no siendo Adan semejante del polvo de que estaba compuesto, sino por el espíritu que Dios le habia infundido amorosamente, y habiendo él abusado de esta gracia pecando, se condena justamente á convertirse en el polvo de que fué formado; y sentencia además severísima, porque se dirige á reparar el desorden ocasionado por la culpa, con nada ménos que con una parcial destruccion del mismo culpado; pero sentencia no obstante, añade san Bernardo, sumamente templada y dulcificada con un finísimo rasgo de misericordia (1), puesto que con ella convierte nuestro piadosísimo Dios en salud del pecador el castigo mismo de su pecado. Y ¿quién de vosotros, señores míos, ignora que una vana y necia presuncion de soñada inmortalidad precipitó á nuestros infelices progenitores en su atroz delito? Habia Dios, como bien sabéis, con la expresa amenaza de una inevitable muerte, levantado, por decirlo así, para guarda del árbol prohibido una formidable trinchera de espanto (2); de manera que no solamente no osaban nuestros primeros padres acercarse á él, sino que si alguna vez lo miraban á lo léjos, les parecia envuelto en negras sombras aquel fatal tronco, y que todas sus ramas y todas sus hojas despedían de sí un melancólico y funesto horror de muerte. Mas apénas oyen las lisonjeras

(1) *Gravis quidem sententia, sed non sine grandis misericordia temperamento.*

(2) *In quocumque die comederis ex eo, morte morieris.* Gen. c. 2. v. 17.